

Los representantes de los Estados Unidos llegaron a un acuerdo. Era, pues, necesario dejar á la industria nacional dentro de la "sacrosanta muralla de las administraciones locales". La obra del Gobierno Federal no sería total y completamente secundaria.

A fines del año de 1890 se presentó á la Cámara de diputados del Congreso de la Unión una iniciativa propuesta en virtud del artículo constitucional relativo á las facultades de las administraciones de los Estados de guerra fiscal. La reforma, aprobada unánimemente, suprimió de un golpe los impuestos interiores, la circulación y el consumo de los productos de la riqueza pública. La alcohola desapareció de la economía del territorio, y así se restauraba la postrera ligadura que mantenía la industria nacional.

Las industrias y la Hacienda pública, la construcción de los caminos de hierro y la abolición de los impuestos interiores, habrían sido el resultado del problema industrial sin otro factor determinante de la movilidad de la latente riqueza nacional.

Las fortunas patrias, débiles y austeras, de antiguo habituadas á estrechas esperanzas, nutridas con el juego del monopolio y del privilegio, crecieron de fuerza y de amplitud para ser aplicadas á las nuevas direcciones impuestas al trabajo nacional. La importación del capital extranjero era, al par que un auxiliar poderoso á la tarea industrial, un ejemplo á las inflexibles resistencias que el desarrollo del país encontraba en parte de los grupos más favorecidos en la distribución de la fortuna social.

Para la importación de capitales quedaba con dos formidables obstáculos: la absoluta carencia de crédito nacional en los mercados exteriores, y la tenaz resistencia de la nación á aceptar elementos extraños. La construcción de nuestro ferrocarril implicaba la transformación de nuestra floreciente, obra de trascendencia que era mirada por el extranjero con los ojos de la curiosidad y del reconocimiento de las viejas ideas americanas. El problema de la importación de capitales quedaba así planteado á una altura que parecía imposible de alcanzar.

En esta lucha contra el extranjero, el gobierno se apoyó en el espíritu del pueblo, y librando con él energía hasta el punto de su tradición, pudo vencer á sus rivales en las regiones. Y así luchó valientemente contra el extranjero.

Cuando á virtud de la ley de 1890 se reconoció el reconocimiento de la deuda exterior, el ferrocarril que venía en camino, se abrió paso á los capitales extranjeros, que se dirigieron á las vías férreas, y así se abrió paso á las industrias nacionales. Se lemas dicho en anteriores páginas: el problema industrial quedó así planteado, que quedaba por resolver el legendario problema de cómo atraer el capital extranjero. El pensamiento que animaba al nuevo programa industrial era el de atraer el capital extranjero, que animaba al nuevo programa industrial era el de atraer el capital extranjero, que animaba al nuevo programa industrial era el de atraer el capital extranjero.

La industria americana se abrió paso, con el reconocimiento del exento cumplimiento de los compromisos adquiridos. Así se abrió paso, con el reconocimiento del exento cumplimiento de los compromisos adquiridos. Así se abrió paso, con el reconocimiento del exento cumplimiento de los compromisos adquiridos.

La industria y el espíritu del pueblo, se abrieron paso, con el reconocimiento del exento cumplimiento de los compromisos adquiridos. Así se abrió paso, con el reconocimiento del exento cumplimiento de los compromisos adquiridos.

La industria y el espíritu del pueblo, se abrieron paso, con el reconocimiento del exento cumplimiento de los compromisos adquiridos. Así se abrió paso, con el reconocimiento del exento cumplimiento de los compromisos adquiridos.

Montevideo. Gran fábrica de cerveza.

INDUSTRIA
COMO SEGUNDO



que se examina en otro lugar de esta obra, — sí ha influido favorablemente en el progreso de las demás industrias mexicanas. Esta depreciación no ha constituido únicamente una *prima* á la exportación, y, por ende, á la explotación de los otros productos distintos de la plata, según oportunas indicaciones de todos los economistas, sino también ha fomentado las instalaciones industriales existentes y ha alentado á las implantadas en esta época, ya que al determinar de un modo natural un recargo en los precios de las mercancías importadas en el país, pagaderas en oro extranjero, establece una suerte de protección en favor de la industria nacional.

Así, la baja de la plata ha servido de estímulo al desenvolvimiento de la industria; y como, merced á una hábil dirección económica, el arancel de Aduanas ha libertado, en unos casos, y no ha hecho pesar exageradamente, en otros, los derechos á la importación de maquinarias y materiales inherentes á la labor general, y como los salarios, pagaderos en plata, no se han elevado en proporción del consumo, la labor industrial ha añadido nuevas facilidades á las ya antes enumeradas en su acelerado desarrollo.

De esta suerte, otro nuevo factor, inesperado y persistente, ha venido á prestar fortaleza á la evolución industrial mexicana, y á darla condiciones de viabilidad actual en el acrecentamiento de la demanda interior, que marca la ascendente potencia de adquisición determinada por el progreso de la República.

Situación de la industria mexicana.—Inútil trazar el ordenamiento de la evolución industrial de un pueblo en virtud de una ley inductiva. Las industrias aparecen, no sólo con arreglo á los caracteres y tendencias de cada agregado, sino también merced á los elementos que el medio, — en el más amplio sentido de esta palabra, — pone á disposición de cada agrupación humana; en Inglaterra, la cría de ganados prepara á esta nación á su industria sin rival, la de tejidos de lana; en los Estados Unidos, la condición colonial adapta á los primeros habitantes de la actual república norte-americana á la industria portaestandarte de su desenvolvimiento contemporáneo: las construcciones navales. En México, la industria pasa de su faz doméstica para entrar en la colectiva por el puente de la minería, cuyos materiales la son proporcionados por la misma naturaleza.

La evolución minera, entorpecida durante muchos años, no dió, sin embargo, como debía, fácil é inmediato nacimiento á las industrias metalúrgicas. Un hecho inesperado, de relativa fecha reciente, vino á determinar la creación de estas labores. A raíz de la expedición del arancel Mac Kinley (1890) en los Estados Unidos, y en virtud de la cuota imponiendo altos derechos á la introducción de minerales plomosos, se registró una notable disminución en los envíos que México había hecho hasta entonces á las fundiciones de la república del Norte, ya que los sistemas implantados en el país no alcanzaban el beneficio de los minerales de baja ley. El fisco americano hizo nacer el pensamiento de instalar establecimientos semejantes á los que, más allá del río Bravo, aprovechaban las materias primas proporcionadas por la minería mexicana; se estudiaron las posibilidades del negocio, y el resultado fué la organización de compañías y la realización de la empresa, que ha encontrado en el gobierno federal, y en los locales, activos auxiliares que han favorecido á la nueva industria con estimulantes concesiones. En breve, los focos mineros del país han comenzado á poblarse de fundiciones, y Monterrey, Aguascalientes, San Luis Potosí y Chihuahua especialmente, constituyen los firmes asientos de una tarea que alcanza ya un significativo éxito.

Reclamaría mayor espacio del que está permitido á un trabajo sintético, como lo es el contenido en estas páginas, la enumeración de las fundiciones establecidas en estos años en el país y la atenta descripción de cada una de ellas. Para nuestro objeto basta citar una de las más importantes: la «Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey,» con un capital de diez millones de pesos y una capacidad productora de 130.000 toneladas por año (rieles de acero, hierro para construcciones, varilla y lingote fundido), que puede extenderse hasta 165.000 anuales; solamente la planta para la fundición y fábrica de hierro y acero representa un costo de \$ 3.100.000 oro.

Y aquí surge un interesante hecho económico: sabemos que en el enorme progreso operado en los Estados Unidos en estos postreros años, la industria metalúrgica americana ha entrado en vigorosa competencia con la europea, y que los pueblos trasatlánticos comienzan á importar respetables cantidades de